

UN PEQUEÑO EPISODIO DE LA HISTORIA GRANDE

ALBERTO MIRAMON

De la Academia Colombiana de Historia.



Era el 25 de julio de 1819. La tarde caía recortando con su luz vaga los quebrados horizontes de la extensión denominada "Los pantanos de Vargas".

La acción entre las tropas realistas y las huestes patriotas se había empeñado desde temprano. La victoria, sin embargo, no coronaba aún a ninguno de los bandos; pero eran tantas las ventajas que parecían favorecer a los ejércitos del Rey, que su jefe, Barreiro, no pudo reprimir por más tiempo la impaciencia y, agitando su espada, lanzó aquel grito que ha recogido la historia:

"¡Ya ni Dios me quita la victoria!"

Desde una ligera altura el Libertador seguía todos los movimientos del enemigo con la serenidad aparente de que sabía revestirse en las situaciones graves.

Con la frase impía, el jefe español ha quemado también el último escuadrón de sus reservas. Bolívar, que atalaya esta ocasión providencial, se vuelve entonces hacia un mulato alto, fornido y que todo el día ha bramado de impaciencia por entrar en pelea:

"-Rondón- le dice con voz imperiosa-salve usted la patria".

A todo el andar de su caballo y agitando la lanza, como para llamar la

atención de las tropas, se precipita Rondón a la llanura gritando:

"Los que sean valientes síganme, porque en este momento triunfamos".

Unos catorce, que fueron los primeros en oírle, siguieron tras él y, cual aguas salidas de madre o huracán inesperado, cayó enseguida sobre los alineados batallones de Fernando VII, agachados y terribles bajo la mirada azul de los Legionarios ingleses, el resto de la caballería patriota: Mújica, Carvajal, Infante....

El instante de triunfar había llegado al fin, como, agitando el sombrero, gritara arrebatado el Libertador lanzándose en persona a la pelea.

... "Minutos después habían silenciado las bocas de fuego de los veteranos de España. Bajo la lluvia que comienza a caer, bajo la noche que se cierra sobre el campo, los tambores de Barreiro baten furiosamente retirada".

Como se infiere de las declaraciones que el coronel realista Juan Tolrá hizo, pasado el combate, el coraje de la caballería patriota fue una gran sorpresa para ellos; pero, con todo, no fue la mayor sorpresa que en aquel combate experimentaron.

Les habían dicho que "la gente de Bolívar eran indios empelotados". ¡Y cuánto no fue su asombro al toparse con un enemigo vestido en su mayoría con

faldas y prendas de mujer!. La cosa era francamente para risas, si las lanzas que brillaban al sol hubieran dejado margen a las bromas.

¿Cómo hubieron los patriotas tales indumentarias? ¿Por qué se ataviaron para la acción inmortal y definitiva con ropas tan opuestas a su sexo y carácter? He ahí una pequeña grande historia digna de recordación.

Hambreadas y enfermas las tropas, después del paso del páramo de Pisba, más semejabán una legión de espectros que un ejército con ánimo de combatir. Los padecimientos y privaciones en el paso de la cordillera habían sido tantos que muchos hombres murieron de inanición; pero los sobrevivientes que carecían de todo, poseían una fe sobrehumana en su bandera.

“Los soldados al mirar hacia atrás las elevadas crestas de las montañas cubiertas de nieves y brumas, hicieron voto espontáneo de vencer o morir, antes de emprender por ellas la retirada”.

Empero, para proseguir no bastaba el ánimo. Ya vencido el más duro obstáculo, que eran los Andes, les salía al paso otro, no por inesperado menos grave: la absoluta desnudez de los soldados. ¿Cómo presentarse en poblado con aquellos hombres macilentos y sin ropa?

Con esa preocupación en el entendimiento, se adelantó el Libertador al grueso del ejército hasta el pueblo de Socha. Allí lo recibieron solícitamente el cura Romero y el señor Sarmiento, Gobernador de indígenas. Asombrados ambos de ver a Bolívar preocupado, diéronse sus trazas para inquirir qué le embargaba.

¡Vamos, General, conque no es más que eso! exclamó el tonsurado con los ojos brillantes, cual rapazuelo que acaba de concebir una estupenda picardía.

A renglón seguido añadió:

Desarrugue ese ceño que yo prometo a usted, por mi honor de cristiano, tenerle mañana abrigo de primera para su gente.

Parece que el Libertador hizo poco caso de la promesa y se volvió al lado de sus legiones desnudas.

Días antes de ocurrido lo que dejamos relatado, había sucedido algo que pinta a lo vivo la escasez de vestimenta en que estaban los patriotas: a la hora del yantar, notó el Libertador que el Coronel Rook caminaba y se movía con extraordinaria circunspección y encogimiento. Al momento conoció que todo ello provenía de que quería ocultar su falta de camisa. Llama entonces Bolívar a su asistente y le dice:

“Vea, José: traiga al instante una de mis camisas para que se la ponga el señor coronel”.

El criado, sonriendo, le responde:

“Pero ¿cuál? Su Excelencia no tiene sino la que lleva puesta y otra que están lavando”.

Tiempos de veras heroicos, comenta el canónigo Peñuela en su “**Album de Boyacá**” en que los coroneles no murmuraban de verse sin camisa y en que el Jefe del Estado andaba casi lo mismo.

El día siguiente a aquel en que el cura Romero prometió al Libertador darle con qué vestir las tropas, fue domingo. Como de costumbre, los vecinos y la gente de los contornos congregáronse temprano en la iglesia de Socha. Reinaba grande animación con las nuevas que circulaban sobre los sucesos políticos; todos, grandes y pequeños, se habían aprestado con sus mejores ropas para asistir al santo sacrificio del altar y desbordarse después por la plaza inquiriendo noticias, trayendo y llevando pormenores.

Mas, cuál no sería el asombro de aquellas gentes sencillas al ver que, cuando la ceremonia tocaba a su fin, se cerraron de pronto todas las puertas del templo y se les puso guardias con los

soldados de la División Santander. Un murmullo de extrañeza llenó poco a poco los ámbitos del recinto sagrado, como el rumor sordo de una ola repentina. Pero así como ocurre a veces que el viento se calma y forzosamente aquieta la marea, todos los presentes plegaron ansiosos los labios al notar que de nuevo el señor cura subía al púlpito.

El buen padre Romero hizo a sus feligreses un gesto tranquilizador y empezó una breve arenga sobre el beneficio de la libertad y el heroísmo de las tropas de patriotas. La sorpresa se había apoderado de todos los circunstantes el ver convertida la cátedra de Dios en tribuna; sin embargo, lo que pasó los límites de todas sus prevenciones fue las palabras con que el predicador dió remate a su oración. Con voz imperiosa y ademán que no admitía réplica, dijo el padre Romero: "que dejara cada uno lo que le sirviera para no salir completamente en cueros".

A los hombres se les quitó sombrerc. ruana, camisa y, a los que tenían buenos calzoncillos, también los pantalones. Pero, en quien hicieron los patriotas más rico botín fue en las mujeres que, por más devotas, eran desde luego más numerosas. A ellas se les despojó del sombrero, las faldas, las alpargatas y las ruanas que usaban en lugar de mantilla.

Y, con tan peregrina ocurrencia, el cura y el alcalde cumplieron su palabra mandando ese mismo día, 4 de julio de 1819, a la división de retaguardia, diez y ocho cajas de ropas.

...Es fama que hasta en el Puente de Boyacá pelearon muchos patriotas con trajes de mujer... Y en el fragor del combate, sobre las ancas enjutas de los potros llaneros, las camisolas largas y de colores vivos de las campesinas debieron tremolar como banderas.

Es más difícil, dice Montesquieu, sacar un pueblo de la servidumbre que subyugar uno libre. Esta verdad está comprobada por los anales de todos los tiempos, que nos muestran las más de las naciones libres sometidas al yugo, y muy pocas de las esclavas recobrar su libertad. A pesar de este convencimiento, los meridionales de este Continente han manifestado el conato de conseguir instituciones liberales y aun perfectas; sin duda, por efecto del instinto que tienen todos los hombres de aspirar a su mejor felicidad posible; la que se alcanza infaliblemente en las sociedades civiles cuando ellas están fundadas sobre las bases de la justicia, de la libertad y de la igualdad. ¿Pero seremos nosotros capaces de mantener en su verdadero equilibrio la difícil carga de una república? ¿Se puede concebir que un pueblo, recientemente desencadenado se lance a la esfera de la libertad, sin que, como a Icaro, se le deshagan las alas, y recaiga en el abismo? Tal prodigio es inconcebible, nunca visto. Por consiguiente, no hay un raciocinio verosímil que nos halague con esta esperanza.

Bolívar